

vece nos quiso dar de ello testimonio el Cielo cuando su cadaver despues de cuarenta horas despidio cierta fragancia indice tal vez de la pureza.

### Capítulo XXXIII. De su Fé, Esperanza y Caridad.

Las tres Virtudes Teologales que es lo mismo que Normas Divinas, porque nos ordenan á solo Dios poniendo en el entendimiento unas sobrenaturales verdades, las cuales se perciben con superior luz para guiarle al conocimiento de Dios Trino y Uno, y estos officios hace la Fé, y la voluntad se perfecciona por la Esperanza ordenándose á conseguir un fin sobre todas fuerzas, y uniéndose ó como transformándose en él por la Caridad.

Estas virtudes nos da Dios misericordioso para vencer los tres enemigos de la Alma. De la yerba llamada trifolio, que consta de tres hojas, dice el erudito Berchorio ser de tan rara virtud que restaura las perdidas fuerzas, y se vale de ella el animal llamado Cornadreja para vencer á la Serpiente. Refriegase en la yerba y acomete á su contraria, y en viéndose fatigada de fuerzas repite una y otra vez la diligencia de abrasarse con el trifolio, entra de nuevo en la lucha hasta conseguir la victoria. Para conseguir el Sautel de vencedor de la tres serpientes mundo, demonio y carne ha de abrasarse un cristiano del trifolio de la Fé, Esperanza y Caridad, la Fé presta valor para vencer al mundo, la Esperanza da alientos para sujetar con la mortificacion las rebeldias de la carne y la fina Caridad comunica fortaleza invicta para poner á los pies todos los orgullos del demonio.

De este trifolio se armó siempre el Soldado de Cristo de quien escribimos, y poniendo la atencion á su viva Fé, la halló acompañada de la gracia y Caridad empleada siempre en buenas obras. Hacia tanto aprecio del beneficio de haberlo hecho Dios cristiano, y maravillado con la divisa de la Fé Santa que continuamente daba á su Magestad alabanzas por haberlo criado entre Padres Cristianos y tenia tan presente el dia en que lavaron su alma con las salutíferas aguas del Bautismo que no hallaba como declarar su agradecimiento de tan gran beneficio. Poco antes de ordenarse de sacerdote escribió una carta á dos hermanos espirituales pactando con ellos que el dia en que cada uno habia sido

bautizado se le aplicase todo lo bueno de aquel dia pidiendo al Señor lo mantuviese en su gracia, y así lo practicaba el traidor otro tanto como los otros celebrando espiritualmente el feliz natalicio á la gracia. Desde que se alistó en la milicia clerical por los Sagrados Ordenes era su mayor divertimento salir á buscar por los Barrios gente pobre para explicar algun punto de la Doctrina Cristiana. Ya sacerdote, con más frecuencia con otros eclesiásticos de virtud se entraba en los Obreros y explicaba con toda claridad los altos Misterios de nuestra Santa Fé, á aquellos miserables en quienes reina tanto la ignorancia de lo que deben saber para salvarse. Esto mismo practicó andando en sus Misimas y en cuantas partes estuvo de pie algun tiempo; pero en donde logró mas empleo su celo fue en la Villa de San Miguel el Grande, donde al poner los primeros cimientos de su Oratorio puso escuela á su costa para enseñar los rudimentos de la Fé Santa á la puericia siendo su mayor cuidado congregar juntos hijos de los indios para que aprendiesen á rezar, leer y muchos que pasaban á estudiar de los cuales se ordenaron algunos como queda insinuado en Capitulo de este libro. Cuanto predico la primera Cuaresma en San Miguel estableció la Doctrina en procesion hasta la Parroquia todos los jueves de Cuaresma, y allí con crecido concurso se hacian las preguntas del bautismo y remataba el Padre con una explicacion tan al intento que hasta los entendidos quedaban con ella más ilustrados. Escuela y doctrina duran y se mantienen el dia de hoy con tanto esmero como cuando el Venerable Fundador estaba vivo, debido todo al celo de su Fé que deseó siempre dar á conocer á Dios á los ignorantes y rudos. En la Europa se continuó el celo de la Fé predicando en los Oratorios donde vivió cada semana un punto de la Doctrina Cristiana, y en Cádiz donde sabia concurrer por el comercio gentes de todas sectas y naciones, solia tocar puntos dogmáticos con grande viveza de espíritu, y logró su celo que con sus Pláticas se reconciasen con la Santa Iglesia dos herejes famosos muy principales como se puede leer en el Capitulo 17 de esta Vida. Su viva Fé lo hizo pretender especial licencia de nuestro Rey católico, como consta de su real Cédula para que los de su Oratorio pudiesen entrar á la Conversion de los Infieles por aquellas partes donde no estoviesen trabajando las

Sagrados Religiones. No hubiera tenido el celoso Padre en toda su vida día de mayor consuelo que verle metido entre los Bárbaros Gentiles alumbrándolos con las claras luces de la Fe Santa, ¡oh qué suspiros, que lágrimas de Santa emulacion sacaban de sus pechos los ardientes deseos de ocuparse en este ministerio todo Apostólico! Con las cartas que me escribía estando yo entre infieles, pueden leerse muchos períodos en que se deja ver como de lo que abundaba su corazón salía a la pluma que es la boca con que hablan entre sí los ausentes. Remito al lector al Capítulo 15 donde verá por sus ojos lo que no repito por escusar lo prolijo.

Continuamente repetía en voz alta en los Púlpitos los actos de Fe, Esperanza y Caridad como lo usan siempre los Misioneros de Propaganda Fide de esta Nueva España, y procuraba que todos pudiesen la Protesta de la Santa Fe muy de memoria y la hiciesen todos los días en cada familia. El deseo de propagar la fe lo hizo ser extraño de su Patria y lo obligó a peregrinar veinte y nueve años por varios países, ciudades y Provincias hasta que consiguió besar el pie á la Suprema Cabeza de la Iglesia y derramar muchas lágrimas sobre el Sepulcro de la Piedra fundamental de la Fe Nuestro Santo Padre Señor San Pedro.

La Esperanza, alimento de los justos en sus tribulaciones rebució en las empresas arduas de este Varón Apostólico. Si no fuera su esperanza tan firme hubiera abandonado el ministerio á que Dios lo llamaba desde los primeros años de su Sacerdocio. ¿Quién viendo el escollo de dificultades que se le ofrecían á cada paso en su misma Patria por seguir su destino no hubiera suprimido las diligencias, y se hubiera contentado con una vida exemplar cuidando solo de sí en un cuarto de la Casa de sus Padres donde no encontraba estorbo para vivir recogido? ¿Quién lo sacaría del albergue materno para salir peregrinando á pie hecho Misionero sin haberlo profesado, sino la Esperanza de conseguir por estos medios el cielo, dando á Dios gloria en convirtiendo las almas compradas con su sangre preciosa, y asegurando de su parte una firme Esperanza de ser algún día morador del Empíreo? Los Oratorios que fundó que fueron dos, uno en esta América Septentrional y otro en la Ciudad de Malaga en España, efectos fueron, ó frutos de su florida

Esperanza; pues los plantó sin medios humanos proporcionados, antes en el umbral con declarada oposición, y al paso que ésta crecía se aumentaba en Dios su confianza. Prueba de esto es lo que dejó escrito al Capítulo 21 cuando leyó la carta en que mandaban destruir el Oratorio prorumpió dando saltos de placer: Ahora sí que tenemos ya Congregación. De quién se formaron estas voces vino de la firme Esperanza que tenía en Dios de que su Majestad había de hacer como absoluto Dueño de todas las cosas lo que los hombres por miserables y apocados tienen según sus dictámenes por imposible? Cuando remitió un tanto de la Cédula para su Oratorio dice: Solo nuestra constancia podía haber superado tantos afanes como me ha costado esa fundación. Y fué así; porque solo un corazón lleno de confianza en Dios pudo tolerar el horrible destierro de veinte y nueve años en que aun el que pretendiera para su persona alguna Dignidad, hubiera dado de mano á los negocios, y se hubiera restituido á la quietud de su primer Domicilio.

Toda la hermosura de los colores de debe á la luz, pues sin ella quedarán muertos é incapaces de que los advirtiesen los sentidos. Por esto los Varones justos que con ojos despejados penetran el fondo de las virtudes en la que ponen mayor ornato es en la Caridad que es la Maestra de la Santidad espejo de la Religión, Peso de soberanos merecimientos, Heredad de los Hijos de Dios, y Llave maestra del Paraíso que con otros muchos epítetos conglomera el Directorio Catequístico Esta Caridad mirada por todos sus respectos y ejercicios pareció haber tomado posesión de la alma de este bendito Sacerdote, pues cuanto pensaba, hablaba y decía era movido de la Caridad. Con sus palabras encendía fuego de divino amor en los corazones, sus pensamientos siempre volaban á lo alto buscando el centro á donde se dirigían sus operaciones. Véanse los empleos de su dilatada vida, registrense los apuntes de sus Cuadernos no se hallarán mas que estímulos para amar á Dios de corazón, y reglas con que se excitará para este santo amor así mismo. Si en la meditación, decía el Santo Rey David se enciende el fuego divino, quien tanto meditaba como nuestro Juan Antonio ¿á qué grado llegaría de su corazón el incendio? Lo me persuado que si el Arbitro de su conciencia que tuvo en la Ciudad

de Córdoba nos franquease la llave para sacar a luz lo que le comunicaba, no quedaríamos tan sedientos de noticias; pero nos queda el consuelo del dicho del Magno San Gregorio, que la mejor prueba de la dilección santa es registrar sus obras. Véanse las del Padre una por una y el haber fundado Oratorios que cada uno es un horno de divinos incendios.

Pasó esta Caridade de Dios a comunicarse a los prójimos. Mucho espíritu de Dios sin mucha caridad del prójimo no se hallará en alma virtuosa por mas que fiereca sobresalir en otras virtudes. Macerar el cuerpo con el ayate, afligirlo con el ayuno, quitar el sueño con la vigilia, ocultarse en su retiro, si no se hace todo esto junto con el amor y compasión del prójimo será tener virtudes como sombra sin cuerpo, un cuerpo sin alma, una alma sin espíritu y un espíritu sin Dios. Con este conocimiento vivió siempre este caritativo Expense y después de abthelar cuanto sus fuerzas alcanzaban al amor de Dios, se dispulsaba por traer bien a sus prójimos especialmente solicitando por cuanto medios pudiese la eterna salvación de sus almas. A este fin se ordenaban los sudores de su rostro en los Púlpitos por mas de cuarenta años, su tarea de las mañanas enteras oyendo confesiones de cuantos lo buscaban, buscando a los que miraba divertidos en juegos y otros mundanos y peligrosos pasatiempos, consolando enfermos, asistiendo hasta el ultimo trance a los moribundos, enseñando niños, sufriendo impertinencias de jóvenes, socorriendo en cuanto podía necesidades y en fin el amor de los prójimos lo trajo toda la vida de eclesiástico de un lugar a otro siempre buscando ovejas perdidas, almas desastradas, y mientras estuvo en alguno de los Oratorios con todos se mostró afable caritativo y benigno, tolerando sin rebatir el dicho más agudo, ni dar queja de lo que por ser todos hombres suele pasar entre los que viven en comunidades. El mayor apoyo de su caridad era lo que sentía en su alma la perdición de las almas esta le hacía verter muchas lágrimas en sus sermones, y a solas considerando este punto sentía su corazón como herido de un dardo con que lo clavaba el Amor Santo.

Capítulo XXXIV. Declárase más por estenso el celo de las almas de este Varón Apostólico.

El Real Profeta confesaba de sí que el celo de la Casa de Dios le comía las entrañas y que los oprobios hechos contra su Dios caían sobre él. Este celo de las almas dice el erudito Engelgrave, que mejor diremos celo de la gloria y honra divinas, es un cierto fuego de amor de Dios tan activo, que el que con él se inflama no se contenta con dar a Dios culto y amarlo, sino que con ardientes ansias desea que aquella Bondad summa sea de todos los hombres amada, conocida y adorada. De aquí es que las ofensas hechas contra Dios que advierte en sus prójimos le penetran las médulas de su corazón y llegan hasta lo interior del alma. Tal fuego como este ardió en los Santos, y a proporción se ha dejado ver en muchos Varones Apostólicos uno de los cuales fue nuestro celoso Filipense como se irá manifestando en lo que yo voy diciendo. Fuera de lo que insinué en el precedente Capitulo se observaron singulares en que dio a conocer el fuego que ardia en su pecho de la salvación de las almas. Cuando se hallaba en la fundación de el Oratorio de la Villa de San Miguel, estaba muy introducido en todo género de pecerías la pelea de gallos en que no solo se apostaban muchos pesos, sino que se ofrecían a cada paso muchos litigios y otras consecuencias bien lamentables. Predicó el Padre contra este desorden muchas veces en su Oratorio haciéndoles presentes y patentes a los afectos a esta diversión las muchas culpas que ocasionaban con ser esto tan continuo y ser atrepellado el concurso de gente honrada y araganes de que no se veía otra cosa en las calles que gallos en las estacas molestando con su propio canto hasta lo mas retirado de las Iglesias. Sentianlo muchos Cordatos, pero no podían remediarlo, y viendo este Ministro de Dios que cada día tomaba más cuerpo esta corruptela, y que por jugar los gallos muchos se quedaban los dias festivos sin alisar montó en cólera santa, y tomando el baston con que salía a las confesiones de noche se fue derecho a la casa de un Caballero de esta Villa que era el que más se señalaba en este punto con apuestas de ciento y doscientos pesos, y uno por uno con el bordon fué matando los gallos que estaban a la sombra de aquella casa y sin hablar palabra se volvió a su Oratorio. Supo el mercader a poco rato la triste tragedia de sus gallos que le habían costado no pocos pesos y preguntando quien habia hecho tal car-